

CRÓNICA UNIVERSITARIA

INTERCAMBIO UNIVERSITARIO. —

LA DELEGACIÓN DE OXFORD Y CAMBRIDGE

Continuando una gira de conocimiento y de vinculación espiritual con nuestro país llegó a Córdoba, en la mañana del lunes 7 de septiembre, una delegación de estudiantes de las Universidades de Oxford y Cambridge.

Después de realizar una visita a varias de las dependencias universitarias y, en especial, a la Biblioteca Mayor, la delegación fué objeto de una recepción especial en el salón de grados.

La delegación presidida por el escritor D. Philip Guedalla, la integraban alumnos de Oxford los señores: Stuart Davipson, Hugg Clifford Pugh, Mostyn Llevelyn Davies, Paul Stobart; de la de Cambridge eran los señores: Roy Hamilton Fyers Turnes, Donald Howard Jupp, John Starks McGavin, Peter Beckingham Reynolds.

EL SALUDO DE LA UNIVERSIDAD

A las 18 horas del citado día 7 la delegación universitaria inglesa fué recepcionada en el salón de grados asistiendo al acto, que presidió el vice-Rector y Decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales Dr. Pablo Mariconde, una ercida concurrencia de consejeros, profesores y estudiantes.

El Dr. Mariconde saludó a los universitarios ingleses con las siguientes palabras:

“Hogaría informaros — si no supiera que ha de ser particularmente grato a vuestro sentimiento nacionalista — que el genio de vuestra raza vive entre nosotros, en el espíritu de las institucio-

nes políticas que nos rigen y en la trama de la industria y del comercio de nuestra economía.

“Aún perdura el recuerdo de su opulenta exhibición, exponiéndonos, con el mensaje personal de vuestros príncipes, la fecundidad inagotable de ese genio.

“Ahora es vuestra visita a Córdoba, de profesores y estudiantes delegados de las antiguas y más célebres universidades del Reino. Ella tiene para nosotros todo el valor y el significado de una embajada intelectual del pueblo inglés y en tal carácter la acogemos en la Casa de Estudios; complacidos, aún más, al saberos generosos para ocupar su tribuna, en la que han vibrado todos los ecos del pensamiento universitario internacional.

“Señores delegados ingleses:

“Al daros la bienvenida en nombre de la Universidad de Córdoba, os invito a ocupar la tribuna de su más alta cátedra, como el mejor y más expresivo homenaje que podemos rendir a los hogares espirituales de Oxford y de Cambridge”.

CONFERENCIA DEL SR. GUEDALLA

El delegado inglés, después de agradecer las calurosas palabras con que el Vice-Rector había saludado a la delegación y de expresar la grande complacencia con que habían llegado hasta la Universidad de Córdoba, leyó una erudita conferencia sobre la “Influencia de la Gran Bretaña en la Independencia Argentina” la cual fué muy aplaudida.

Dijo a este respecto: “Para vosotros los argentinos, creo que no será desconocida la influencia de mi país en la independencia del vuestro ya que, uno de los hombres de más prestigio de mi país, durante la época en que se declaró libre la Argentina, bregó constantemente en Europa para que se reconociera que el designio marcado por el destino a la Argentina era declararse libre. Este hombre extraordinario que luchó con enemigos encarnizados fué Jorge Canning, y sus enemigos los gobiernos de Francia y de Rusia. Esta última que estaba gobernada por aquel entonces por el zar, que le preocupaba en gran manera el mapa de Sudamérica, buscaba siempre la posibilidad de conseguir tierras en este continente.

El mismo Wellington, dijo más adelante el señor Guedalla, vió claramente que el destino de la Argentina era entrar de lleno en el camino de la independencia y así lo hizo comprender a los ministros de Gran Bretaña cuando se disponía a enviar a estas colonias, aprovechando la invasión napoleónica en España, dos contingentes de tropas que debían atacar a las colonias sudamericanas una por el Río de la Plata, y otra cruzar el cabo de Hornos, apoderarse de las costas de lo que hoy es Chile, cruzar después los Andes y juntarse con la otra que entraría por el inmenso río ya nombrado.

Jorge Canning es a mi entender el hombre que en Europa demostró, a pesar de la oposición de los más empeñados conservadores, que las colonias de este hemisferio que pertenecían a España, debían ser reconocidas como países independientes dentro de muy poco tiempo del desarrollo de aquellos acontecimientos que acaparaban la atención del mundo entero.”

Siguió el conferencista extendiéndose sobre detalles de la actuación de varias personalidades de la política europea de aquel entonces y terminando por evidenciar que los países que más bregaron para que la Argentina no siguiera el camino de la independencia fueron Francia y Rusia.

Una larga ovación premió la interesante conferencia del señor Quedalla.

EL PRESIDENTE DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE EDUCACION. —

RECEPCIÓN DEL SR. STEPHEN DUGGAN

En la mañana del miércoles 9 de septiembre la Universidad Nacional de Córdoba recepcionó al presidente del Institute of International Education of New York, Dr. Stephen Duggan.

La presencia del ilustre huésped fué acogida con las muestras de la mayor complacencia por las autoridades de la Casa, y por los consejeros y profesores universitarios, que le hicieron objeto de expresivas demostraciones de cordial simpatía.

A las 11 horas fué especialmente recibido en el Salón de Grados de la Universidad, en donde pronunció una aplaudida conferencia sobre “El carácter de la civilización porteamericana”, cuyo texto damos en otro lugar de este número.

Al saludarlo en nombre de la Universidad el profesor de la Escuela de Arquitectura, Arq. D. Jaime Roca, pronunció éste el siguiente discurso:

DISCURSO DEL ARQ. JAIME ROCA

“Señor Rector; señores:

La presencia del doctor Stephen Duggan constituye, más que una conferencia, yo diría una fiesta para la Universidad. El doctor Duggan, presidente del Institute of International Education de New York viene desarrollando en su país una labor vastísima de una trascendencia enorme. La principal finalidad de este instituto, que él ha presidido desde sus comienzos, es crear un intercambio de profesores y alumnos de todas partes del mundo, con profesores y alumnos de los Estados Unidos. Está él nspirado de una fuerte decisión de mútua comprensión en el más alto sentido de la palabra.

Poco les interesa que su industria nacional se desparrame por el mundo. Ya para esto la propia industria se encarga de tender sus tentáculos en la economía mundial. Lo que les interesa es que se conozca la vida universitaria en los Estados Unidos, ese aspecto intenso y profundo de la vida norteamericana y, por reflejo, que estos hombres y mujeres que se acercan a sus universidades les dejen la semilla espiritual del pueblo de donde vienen. Este ideal de comprensión es un idea de acercamiento. Comprender otra alma es recoger de ella la esencia de su vida. Comprender otra alma es entregar la propia desnuda, como una virgen para su propia fecundación. En este ideal amplio y generoso el Instituto of International Education ha abierto los brazos a los universitarios de todas las naciones para mostrarles y entregarles un aspecto desconocido de los Estados Unidos.

Señores: siempre que pensamos en la gran República del Norte, la primera idea que se nos viene a la mente es la de su enorme riqueza material. La imagen de esas fábricas florecientes hinchadas de trabajo, que rinden para la civilización material del mundo toda

una lluvia de máquinas que se extienden por los campos, ruedan por las ciudades y se entran a encerrarnos el confort de nuestra vida íntima. De esta riqueza, de este capital que algunas veces lo vemos enredado en Méjico, otras veces en Nicaragua, otras en Centro América, pero muchas otras veces desarrollando nuestra riqueza nacional, todos conocemos muy bien.

Pero en cambio de esa otra riqueza que no es la que mueve las grandes fábricas, de esa riqueza que no conocen los banqueros de Woll Street, pero que es más fuerte y más pujante que aquélla, porque a veces la respalda y a veces se levanta por encima de sus seducciones magníficas, de esa riqueza del espíritu en la cual trabajan millares de hombres de ciencia y artistas afanados en afirmar la obra personal y nacional de los Estados Unidos, de esa riqueza muy poco conocemos, señores, aquí en la Argentina donde solemos protestar de la ignorancia de los americanos del Norte para con los americanos del Sur.

Es precisamente hacernos conocer ese aspecto casi ignorado de su país que lo ha traído al doctor Stephen Duggan a hablarnos esta mañana, y al mismo tiempo llevar de nosotros, por un contacto personal y directo la conciencia de nuestras inquietudes y de nuestra labor intelectual.

Hasta ahora los brillos de la civilización americana, suprema esencia de la civilización Occidental, nos han sido plenamente conocidos. Procuremos entonces que también la cultura nos revele sus tesoros. Siempre fué más fácil comprender la civilización de un pueblo que comprender su cultura, la flor más refinada de su espíritu. Es la lección inexorable de la historia.

En ese sentido el doctor Duggan, presidente de un instituto movido por un ideal tan noble, es entre nosotros un verdadero embajador espiritual de la cultura de los Estados Unidos.

En nombre del Rector de la Universidad y de la misma Universidad, que se engalana al contacto de este misionero de la cultura de otro pueblo, es que pongo en posesión de la cátedra al doctor Stephen Duggan.”

Luego se puso de pié el doctor Duggan quien fué saludado con una larga ovación la cual se repitió cuando el ilustre huésped dió fin a su interesante conferencia.

LA UNIVERSIDAD RECEPCIONA AL PROFESOR DR. ANDRÉ SIEGFRIED. —

“LA FORMACIÓN ECONÓMICA Y SOCIAL DEL PUEBLO FRANCÉS”

A las 18 horas del viernes 25 de septiembre la Universidad escuchó, en el Salón de Grados, la palabra del sociólogo francés Dr. André Siegfried quien había llegado ese día a Córdoba siendo recepcionado por las autoridades de la casa.

Presidió el acto el Rector de la Universidad Ing. Eduardo Deheza, a quien acompañaban los miembros del Consejo Superior y de los Consejos de las facultades. En el recinto se hallaban profesores, estudiantes y una crecida concurrencia formada por elementos representativos de nuestros círculos culturales.

En nombre de la Universidad saludó al profesor francés el profesor de Sociología en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales doctor D. Raúl A. Orgaz, quien pronunció el siguiente aplaudido discurso:

DISCURSO DEL DR. RAÚL A. ORGAZ

Se me ha impuesto la agradable misión de dar la bienvenida — en nombre de la Universidad — al eminente profesor Andrés Siegfried, quien va a hablarnos de la formación económica y social del pueblo francés.

Procede nuestro huésped, de la Escuela Libre de Ciencias Sociales de París, de prestigio y eficacia tan notorias. Cuando después del día triste de Sedán, Francia debió rehacer su vida institucional, el ilustre Emilio Boutmy lanzó la idea de organizar un instituto destinado a preparar la élite política y administrativa de la nueva república. Así nació la Escuela Libre de Ciencias Políticas, en la que forma su cultura el personal de la diplomacia, del Consejo de Estado y de la Administración central, departamental y colonial de Francia.

Para esa élite trabaja el señor Siegfried, y al trabajar para ella, trabaja para la Nación francesa, pues el problema axil de una democracia — demasiado estamos sabiéndolo los argentinos — consiste en promover la formación de minorías selectas, que lleguen a poseer, con el sentido de las realidades vitales, el poder de adaptar-

las a los ideales que ellas entregan a la adhesión y al entusiasmo de las masas.

Hacia esas realidades vitales aproa la mentalidad, esencialmente crítica, del profesor Siegfried. Le interesa el mundo difícil de la economía y de la política contemporáneas, y en su observación invierte, con rara perspicacia, los recursos de su espíritu analítico, y las virtudes de una objetividad que ahora no es fácil hallar, a pocos años de la guerra, en los investigadores europeos de la crisis política mundial.

Movido por esta doble impulsión de análisis y de objetividad, el señor Siegfried no se contenta con reunir una masa considerable de fríos documentos, sino que se pone en contacto con los medios sociales que son el objeto de sus indagaciones. Pensando — acaso — con Le Play, que los viajes son, a las ciencias sociales lo que las herborizaciones a la botánica, ha recorrido todos los continentes, persiguiendo muy de cerca, y en definitiva, alcanzando, el secreto de rápidas y sorprendentes transformaciones.

Autor de libros tan apreciados como “La democracia en Nueva Zelandia”, “El Canadá”, “La Inglaterra de hoy”, “Cuadro político de la Francia del Oeste bajo la Tercera República” y “Cuadro de los partidos de Francia”, deja ver, en todos ellos, la severa formación de su cultura y la esencial probidad de sus procedimientos indagatorios. Tales calidades sobresalen, empero, en el libro — que en pocos años se ha vuelto clásico — consagrado a los Estados Unidos. En páginas ricas en atisimos, limpias de “parti-pris”, muy sobriamente matizadas, aquí y allí, con la gracia de la ironía, el profesor Siegfried nos exhibe los rodajes invisibles de la ciclópea maquinaria institucional que es la civilización americana; nos hace ver, en el peligro amarillo y en la cuestión negra, las sombras siniestras que oscurecen aquel espectáculo de poderío y de grandeza; nos explica el por qué de la coexistencia, en Estados Unidos, de dos americanismos casi antagónicos; nos hace entrever, por último, las razones profundas del conflicto entre la concepción americana de la vida y la concepción europea (mejor, euro-asiática) de la existencia; conflicto que Siegfried resume en un decisivo diálogo entre Ford y Gandhi. El libro de nuestro ilustre huésped es, en verdad, — y ello revela su interés para los sud americanos — el descubri-

miento de los Estados Unidos de la post-guerra, hecho por un europeo de fina sensibilidad.

La gravedad de la hora presente impone a las universidades una mayor atención hacia las realidades políticas, cuya irrupción amenaza anegar a las reservas de la inteligencia. Hemos consumido, en pocos años, al parecer, la provisión de confianza y de ilusiones que antes bastaba para alimentar a varias generaciones. Hemos desencadenado las fuerzas de una técnica prodigiosa, ante las cuales la dignidad del pensamiento puro presiente su humillación. Si la verdadera función social de la Universidad no consiste, tan sólo, en combatir la efervescencia espiritual — muchas veces generosa — de los pueblos, sino, ante todo, en comprenderla, colaborando en la solución de los problemas de que ella es exteriorización superficial, debemos recoger el ejemplo del profesor Siegfried, cuyos estudios nos demuestran que es posible acercarse al teatro turbulento de la política social, sin comprometer las clásicas virtudes del hombre de ciencia: la sinceridad, la imparcialidad, el desinterés. Es natural, por consiguiente, que los universitarios de Córdoba nos sintamos honrados al ofrecerle, cordialmente, esta tribuna desde la cual otras voces de Francia han hablado también con la autoridad del saber”.

CONFERENCIA DEL DR. SIEGFRIED

A continuación hace uso de la palabra el ilustre huésped quien después de agradecer las palabras del Dr. Orgaz, expresó que hace mucho tiempo que deseaba venir a Córdoba y conocer su reputada Universidad, una de las más viejas del continente. Dijo que no se sentía extranjero acá porque la naturaleza, el color del cielo, el ambiente en general le producía una impresión análoga a la de su país. Contribuía también a ello el hecho de que tenemos un origen intelectual común dentro de la historia y de la latinidad. Después de esta breve introducción entró en materia, manifestando que el tema que iba a desarrollar era escabroso, primero porque Francia, tanto bajo el aspecto social como económico presenta un árduo complejo de factores y además, porque siendo él francés, debería evitar en todo momento llegar a exagerar los conceptos, pero trataría de ser lo más imparcial posible.

Las grandes civilizaciones, dijo, han creado cada uno un con-

cepto de la producción y un concepto del gobierno político. Inglaterra, en el primer orden, ha creado al pionner de la gran industria y en el segundo al régimen parlamentario. Los Estados Unidos: la producción en masa y la democracia presidencial. Alemania: ha creado el método científico en la producción, pero en lo que respecta a la política, busca aún su camino. Rusia presenta una civilización nueva, con una concepción de la vida muy colectivista, pero de un egoísmo casi religioso. La concepción francesa se caracteriza en cambio, por la creación personal, por la individualidad en la producción y por la exaltación del individuo en la vida política.

Yo trataré de describir a Francia bajo esos aspectos, y de mostrarla como es en realidad y no como a menudo os la figuráis según el concepto parisién que os habéis creado, con su vida galante, o a través de su filosofía, su literatura, etc. Francia es esto y también una cosa muy distinta. La estructura social de Francia explica en gran parte la formación del carácter francés, habiendo tres tipos básicos, que son particularmente representativos: el campesino, el artesano y el burgués.

El Dr. Siegfried pasa entonces a hacer el análisis de estos tres tipos sociales. Francia — dijo — permanece siendo aún un país principalmente agricultor. A pesar de la “deserción de las campañas” ella continúa siendo territorialmente, campesina. Sólo el 46 % de su población vive en las ciudades, y el 54 % restante es rural. Es todavía una sociedad de campesinos y de campesinos propietarios que viven de la tierra, pues sobre 8.591.000 rurales, cinco millones son dueños de su fundo. De modo que en Francia persiste un espíritu agrario: se ama la tierra, y aún lejos de la tierra uno se siente campesino. Hay una suerte de amor pasional por ella. Se le profesa un cariño intenso. Respecto a esta característica el Dr. Siegfried lee dos citas literarias de Michelet y de Moriac.

Luego prosigue, manifestando que si bien existen en Francia inconvenientes técnicos eventuales, en cambio posee la sólida base de una democracia igualitaria, pero fuertemente individualista, cuya oposición surge clara con el régimen soviético por ejemplo.

Lo mismo, y a pesar de su gran desenvolvimiento industrial, Francia permanece campesina de espíritu artesano. Es un país de

gran industria, pero la producción en serie queda localizada (al noroeste, en París, en Lyon) y no es su espíritu el que inspira al conjunto del país. El francés es más bien un artesano que un obrero; es el hombre que posee un oficio, que lo ama, que está comprometido del mismo, que puede crear y resolver sus problemas. El trabajador de la gran industria racionalizada ha perdido la personalidad de su producción; en cambio el trabajador francés no se aviene a producir anónimamente y sin propia iniciativa. Le repugna trabajar como un soldado, que sólo tiene un número. El tiene un nombre. De ahí proviene su depurado sentido del honor profesional. El trabajador francés pone su firma o signo en su producto, y camina tres o cuatro pasos atrás para contemplarlo, ama la obra bella y no puede ocultar su antipatía por el trabajo en serie, a lo Ford. Estos caracteres se dan en todas las clases de artesano francés, tanto en el carpintero, como en el mecánico, en la modista, en el horticultor, en el viñatero.

El tercer tipo social es el burgués. Pero, ¿qué es el burgués? Es algo difícil dar su exacta acepción. Para los rusos es un hombre feroz, un miserable, un asesino. Para los artistas es el señor que no comprende nada de arte y que ama los placeres bastos de la vida. Para nosotros el burgués es el hombre que cuenta con reservas, producto de su ahorro, que cree que la independencia se obtiene sólo por la propiedad, asegurándose así contra las crisis y manteniendo un nivel decoroso de vida que transmite a sus herederos. La burguesía es así un esfuerzo, un estado de espíritu. Todos los franceses tienen el espíritu burgués: tanto el campesino como el artesano son candidatos a la burguesía. Ello se constata en las casas bien cuidadas, en la contabilidad privada en equilibrio, en el ahorro: instinto profundo de todos los franceses. Francia es así el último refugio del verdadero espíritu burgués, que no existe ni Estados Unidos, ni en Alemania.

Del estudio de estos tres tipos característicos de Francia, (el campesino, el artesano y el burgués) se pueden extraer las siguientes conclusiones: que los tres son tradicionales, y que están basados sobre el individualismo, siendo sumamente susceptibles de adaptación a las diferentes condiciones porque atraviese el país. El individualismo es enemigo de la cooperación mecanizada, de la producción en serie, porque ésta importa la anulación de la personalidad

y la mecanización, es impotente, para resolver los problemas modernos por la falta de conciencia que trae en cada uno de los elementos integrantes de la masa.

Por eso Francia, aunque país viejo, se mantiene esencialmente moderno. Por excelencia es el país que, ante un problema nuevo es capaz de resolverlo gracias a su individualidad.

El Dr. Siegfried pasó luego a la segunda parte de su conferencia, ocupándose de las circunstancias económicas, de las cuales se pueden extraer también conclusiones bastante expresivas.

El carácter esencial de la situación francesa en política, con la frontera del Este siempre inquietante, es el de la inseguridad, pero en cambio, su independencia económica le dá una impresión de seguridad, de satisfacción. Nosotros somos felices en nosotros mismos — dijo el doctor Siegfried, — sin necesidad de los otros. Esto acarrea sus perjuicios pero mayores son las ventajas. Francia importa, sin duda, gran cantidad de materias primas para la industria: todo el algodón bruto, los nueve décimos de su seda y de la lana, prácticamente todo el petróleo, la quinta parte de la hulla, etc. pero en cambio ella crea sus propios productos de alimentación. Su importación de carne es mínima, produce el 80 o 90 % de su consumo de trigo, todo lo contrario de Inglaterra. Esto da a Francia la seguridad de que nunca sufrirá hambre, lo cual tiene una gran importancia social. La exportación, es verdad, que consiste en pocos productos manufacturados, de lujo, de calidad, que son buscados en el propio mercado interior por los interesados, pero esta balanza comercial desfavorable se halla compensada por las exportaciones llamadas "invisibles" (compras y gastos de los turistas, por ejemplo).

De todo esto se desprende la consecuencia que el país vive mucho por sí mismo, sin necesitar del extranjero, el cual en vez de atraerlo hacia sí va a la Rue de la Paix a proveerse. Indudablemente esto implica una falta de expansión pero en cambio el equilibrio económico está garantizado. No se ha producido la excesiva industrialización de otros países, como los Estados Unidos, y poseyendo una sólida reserva Francia sufre menos de las crisis mundiales.

Las circunstancias apuntadas son esenciales en la formación psi-

cológica del francés. El francés es esencialmente un individuo autónomo intelectualmente, que gusta pensar y vivir por sí mismo y que busca también su autonomía económica para asegurar su independencia, ya sea con su pequeña casa o su pequeño comercio. El francés es sociable si se lo juzga por su "sprit" y por su conversación, pero en realidad, íntimamente es secreto, a menudo impenetrable dentro de su propia familia. Ustedes, aunque hayan visitado Francia, es difícil que se hayan percatado de estos caracteres, porque se requiere vivir mucho tiempo en el seno de un hogar. En el fondo, todo esto traduce un gusto apasionado por la independencia personal. Lo que el francés ama en la propiedad, en el dinero, es la independencia; prefiere la seguridad a la ambición: le basta retirarse con una renta modesta pero segura.

Siendo así, es dable constatar una serie de defectos: el francés es desconfiado, de una desconfianza campesina. El creerá en una promesa de pago pero más preferirá creer viendo la firma sobre el papel. Es celoso (no envidioso) por temor de un avance de los ricos sobre su independencia. Duro en materia de intereses porque él no pone en ello nada de sentimentalismo. Lleno de alguna suficiencia porque se basta a sí mismo. Pero no todas son cualidades malas, porque como consecuencia, el francés es un individuo "adulto", que juzga y que mira la vida cara a cara, sin puerilidad, sin hipocresía y con poca ilusión. La formación histórica del tipo medio de hombre francés es vieja. Ya lo encontramos en la Edad Media.

Como el francés no vive desvinculado por la mecanización colectiva, tiene conciencia de su tiempo, reflexiona y siempre tiene algo interesante que decir: posee una cultura hecha menos de libros que de la experiencia personal. El francés sabe, sin duda, asociarse y organizarse, pero en Francia siempre la acción individual prima sobre la colectiva. Esta es una observación fundamental.

El Dr. Siegfried enfoca en seguida otro aspecto de la vida social francesa, el relativo a la posición de la familia. Dijo que la familia de su país se parece mucho a la de China. El chino dice: "robar al gobierno para alimentar a su padre viejo"; esto significa que, en la jerarquía de los deberes, la familia se halla por enci-

ma del Estado. La fuerza y la persistencia de la familia francesa son ejemplares y estas características se dan en ella mejor que en la italiana o en la española. Francia no es así una multitud de átomos individuales sino un cemento molecular sólido, compuesto de esas mónadas familiares, tal diría Leibnitz. La familia se encarga de una serie de funciones sociales, como la educación, formación moral, etc. que en otras partes están principalmente confiadas al Estado. Debido a esta solidez del basamento social francés, las tormentas políticas y económicas pasan por “encima” del país sin trastornar su equilibrio. Así, la política francesa es más un lujo de discusiones que la realidad misma de los problemas sociales.

Paralelo individualismo se registra respecto a la riqueza del país. La riqueza de Francia está formada por la acumulación de pequeños ahorros. El ciudadano acumula para él y para su familia, porque confía menos en el Estado que en sí mismo, trabajando silenciosa pero formidablemente.

Esta serie de características explican el acendrado patriotismo francés, que se distingue del civismo anglosajón, en que éste tiene un sentido de colaboración social, mientras aquél está movido por defensa de la tierra francesa y la defensa de un idealismo político constituido por cierta concepción del individuo y de la libertad. Hay pues en el francés una mezcla de fuerte materialismo por su apego a la tierra y de idealismo por su confianza en el hombre. Son conceptos emparentados con el civismo de los antiguos.

El extranjero — continuó diciendo el Dr. Siegfried — se equivoca respecto a nuestro carácter. Los defectos del francés son los que ya he detallado antes y no los que una observación superficial y difundida erróneamente nos atribuye. Se dice que el francés es ligero, liviano de conducta; no hay tal: es serio, trabajador; cambiante, tampoco: el francés es obstinado y se sujeta a todas las consecuencias de un principio que haya aceptado. Se dice que es bohemio; por el contrario: lleva una vida regular, no se acuesta tarde ni se pasa la noche en el café. Si vá al café es para conversar un rato pero no para alcoholizarse, tal como he notado que se hace en Buenos Aires. Es más bien sobrio, burgués. Se dice que es revolucionario. Ya he manifestado que tiene idealismo y que ama las renovaciones del progreso moderno pero tiene el contrapeso de

su conservadorismo que lo salva del exceso. Se dice que el francés es decadente: no, es socialmente sano y biológicamente indestructible. Lo ha demostrado a través de todos los embates que ha sufrido Francia en su historia. La guerra del 70 y la del 14 no ha hundido a nuestro país porque tiene una enorme vitalidad.

El conferencista manifestó que creía haber juzgado con amplitud e imparcialidad a su país, y aunque se le deseara atribuir un tanto por ciento de exageración siempre tendría que quedar un remanente apreciable en favor. Expresó que Francia representa en el mundo la seriedad y la estabilidad, y asimismo el progreso, porque el individuo muere si no se renueva sin cesar.

Para el bien del futuro mundial, el individuo debe ser defendido de la mecanización de la vida. Hay que salvar el derecho de la inteligencia, al hombre mismo y Francia suministra un bello ejemplo de equilibrio con sus espíritus luminosos y medidos como Pascal, Anatole Francee, etc.

Por lo que respecta a América del Sur, yo creo que en la elección no podrá olvidar nunca, que ella ha salido de España y de Italia, de la tradición individualista latina que nos une, dijo.

Es esta necesidad la que he ensayado de explicaros a través del espíritu francés”.

El profesor francés fué largamente aplaudido.

CONFERENCIA DE MARIO APPELIUS. —

“ITALIA Y ARGENTINA EN LA LATINIDAD”

En la mañana del jueves 8 de octubre fué recepcionado en el Salón de Grados de la Universidad y bajo los auspicios de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, el escritor y periodista italiano D. Mario Appelius, director de “Il Mattino d’Italia”, de Buenos Aires.

En nombre de la Facultad usó de la palabra enalteciendo los méritos del periodista y del hombre de ideas, el profesor de Derecho Romano en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Dr. D.

José M. Martinoli, cuyas elocuentes palabras fueron muy aplaudidas.

Luego el señor Appelius disertó brillantemente sobre el tema siguiente: "Italia y la Argentina en la gran familia latina".

Para el orador, quien abundó en observaciones y exámenes prolijos, el vigor de la latinidad es un hecho incontrastable de la época actual y, en virtud de ello, enalteció los valores espirituales y materiales que mantienen los prestigios de la civilización del mundo latino.

Appelius fué largamente aplaudido.
